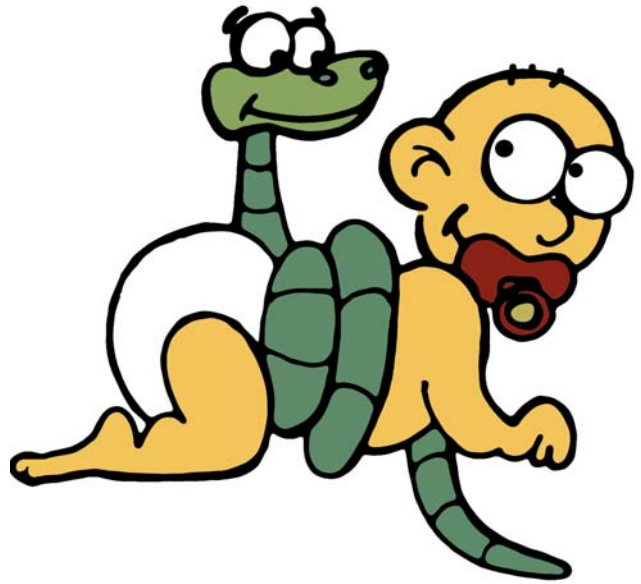


# la jungla imposible



**a**quella jungla no era una jungla cualquiera. Habitada por animales de todas las especies, tiempo atrás había conocido una gran paz y una enorme alegría. Los más viejos del lugar recordaban cómo hacía años todo era armonía y cariño entre quienes vivían bajo las copas frondosas de sus árboles. Entonces se sentían vecinos y amigos de cualquiera que se cruzara en su camino; y no tenían ningún miedo de pasear por las veredas, de encaramarse a las copas de las palmeras, de pastar en las amplias praderas que rodeaban la selva, o de salir a descubrir nuevos y mágicos rincones cuando la oscuridad se cernía sobre la arboleda.

Sin embargo, algo había cambiado. Los animales no recordaban muy bien cuándo había ocurrido ni por qué; pero lo cierto es que, desde hacía ya muchas lunas, nada era igual bajo las sombras de la jungla. Entre sus habitantes habían cundido el miedo y la desconfianza. Recelaban unos de otros, temían ser atacados y ya apenas salían de los pocos metros cuadrados que les eran conocidos. La tristeza se había hecho fuerte: el canto de los pájaros apenas se escuchaba y las madrigueras se habían transformado en guaridas. Quizá fue desde aquel día en que contemplaron la marca de unos colmillos clavada sobre el cuerpo inerte de uno de los vecinos más débiles de la selva. O desde aquel otro en que un grupo de valientes exploradores descubrió cómo algunos, los que más facilidad tenían para conseguir alimentos, estaban acumulándolos para sí en un escondite, en lugar de compartirlos con los animales enfermos que no podían ni tan siquiera caminar. La verdad es que nadie sabía explicar a ciencia cierta lo que había sucedido, pero todos los que vivían en aquella jungla coincidían en que aquel había dejado de ser un lugar seguro y feliz.

El rey de la jungla, un viejo león que había conocido los buenos tiempos de la selva, estaba desolado. No alcanzaba a comprender por qué sus vecinos se miraban con recelo y trataban de pasar el mínimo tiempo posible los unos con los otros. Le producía tristeza que ya nadie pusiera sus cosas en común y que la vieja solidaridad que siempre habían mostrado hacia los más frágiles hubiera desaparecido. Resuelto a averiguar la razón del mal que los acechaba, decidió ponerse en camino hacia las montañas. Allí, en una peña escarpada donde el viento, como un hacha, cortaba con furia el paso de los peregrinos, vivía un ermitaño, famoso en toda la región por la profundidad de su pensamiento y la inteligencia de sus consejos.

Tras un largo viaje, el león consiguió llegar a la cueva en la que se refugiaba aquel sabio. Nervioso, lo abordó sin más dilación para explicarle la situación que atravesaba la jungla y para preguntarle cómo debía actuar todo un rey ante ella. La respuesta del viejo eremita le sorprendió. No se detuvo a analizar el problema y negó que hubiera una receta para solucionarlo. Sencillamente, reveló al rey de la selva un secreto:

—Jesús, el Mesías, lleva mucho tiempo viviendo entre vosotros, y no habéis sido capaces de daros cuenta.

Dicho esto, regresó a su cueva y dejó al experimentado león con la palabra en la boca. Confuso, éste comenzó a preguntarse: ¿Era realmente posible que Jesús, en persona, hubiera deseado establecerse en su

jungla? ¿Y que hubiera querido ir a vivir allí justo en estos momentos, cuando todo se había vuelto gris, y la tristeza y el temor invadían a sus habitantes? El rey dudó por un instante, pero enseguida se convenció de que las palabras del ermitaño debían ser ciertas. Todos en aquellas tierras sabían de su bondad y creían imposible que un hombre tan respetado pudiera mentir.

De regreso a casa, el león decidió convocar a su consejo de gobierno. No quería informar todavía de una novedad tan importante al pueblo, porque tenía miedo de que le reprocharan que él, todo un rey, no hubiera sabido percatarse a tiempo de la presencia de Jesús en la jungla. Así pues, se reunió sólo con los amigos en los que más confiaba y compartió con ellos lo que había averiguado. Todos se mostraron sorprendidos y, nerviosos, comenzaron a discutir cómo debían reaccionar. Finalmente, tras varias horas de debate, tomaron una decisión: se dedicarían durante un tiempo a observar a cada uno de los animales que habitaban en la selva, a fin de comprobar si el comportamiento de alguno de ellos se asemejaba a lo que les habían contado de Jesús. Ése sería el mejor modo de identificar a tan distinguido e importante huésped.

Pasaron unos días hasta que el consejo se reunió de nuevo, esta vez para compartir los resultados de las pesquisas. Uno por uno, los animales de confianza del rey león fueron hablando de aquellos a los que habían observado. A medida que la conversación avanzaba, la desolación iba creciendo en la asamblea. Ninguno de los vecinos de aquella selva llena de especies parecía reunir las características que se le presumen a un Mesías, a todo un Salvador del mundo. La jirafa tenía un porte distinguido, pero en ocasiones se mostraba demasiado altiva y tendía a mirar por encima del hombro a quien se cruzara con ella. El lobo era ágil y lucía una hermosa cabellera; sin embargo, se comportaba ferozmente con los animales más débiles y no tenía piedad de ellos. El leopardo se mostraba tan orgulloso de su piel moteada que difícilmente habría podido ser un ejemplo de humildad. La víbora se arrastraba con discreción y elegancia; aunque su lengua, mordaz y compulsiva, se llenaba de veneno cada vez que abría la boca para hablar de sus vecinos. La vaca caminaba con pereza, las aves descuidaban a sus polluelos nada más nacer, el cordero no hacía sino seguir la estela de quienes le marcaban el paso... No, definitivamente ninguno de los vecinos era Jesús.

Disgustado, el león se encaminó de nuevo hacia las montañas para increpar al sabio. Cuando hubo llegado a su encuentro, comenzó a detallarle las razones por las que ninguno de los habitantes de la selva podía ser el Mesías. Pero, una vez más, aquel eremita respondió lacónicamente:

—Tal vez Jesús haya querido imitar también vuestros defectos animales, para que así os resulte un poco más difícil encontrarlo.

El rey se quedó pensativo. Aquel sabio verdaderamente lo sacaba de sus casillas. Entonces, si Jesús se había querido esconder tan bien como para llegar a imitar incluso los defectos de los vecinos, ¿cómo iban a identificarlo? ¡Era imposible!

Al regresar de nuevo a la jungla, el león se dio por vencido y decidió convocar en asamblea a todos los animales que en ella vivían. Seguro como estaba de la sinceridad del viejo ermitaño, no le quedaba otra opción que preguntar abiertamente quién era Jesús. Cuando todo el pueblo hubo alcanzado el claro de la selva, en el que hacía años que nadie se reunía, el rey alzó la mirada y se dirigió con voz potente y solemne a sus súbditos para comunicarles el secreto transmitido por el sabio y, a continuación, pedir a Jesús que saliera de su anonimato y se presentara públicamente.

Los animales abrieron la boca asombrados. ¡Jesús estaba viviendo entre ellos! ¡Había venido de nuevo y escogía su selva para quedarse! ¡El Salvador del mundo estaba cerca y no habían sido capaces de

reconocerlo! Todos esperaban expectantes a que el Mesías diera, por fin, un paso al frente. Pero entonces se hizo el silencio. Nadie se manifestó, y el pueblo quedó desolado. El rey león no sabía qué hacer.

De regreso a los escondites donde cada uno de los vecinos se había refugiado en aquel tiempo de tristeza, éstos se preguntaban por lo sucedido. Todos habían oído hablar de la bondad y de la sabiduría de aquel eremita de las montañas; pero lo cierto es que, si Jesús vivía realmente entre ellos, debía de estar disimulando a la perfección. Nadie era capaz de pensar en un habitante de la selva tan bueno que pudiera ni tan siquiera parecerse un poco al Mesías, a quien dio su vida por amor al mundo. Sin embargo, ¿y si Jesús estuviera en el lobo? ¿O en el leopardo? ¿O en el cabritillo? ¿O en el rinoceronte? De repente, cundieron el temor y el arrepentimiento entre todos los animales, porque desde hacía mucho tiempo se habían dedicado a tratar mal o a ignorar a sus convecinos, y ahora caían en la cuenta de que quizá en alguno de ellos se escondiera el Hijo de Dios.

Así pues, los pobladores de aquella selva comenzaron poco a poco a salir de sus madrigueras, a mirar con menos rencor a quienes se cruzaban en su camino, a ayudar a los que necesitaban de una mano amiga, a ofrecer los alimentos que habían ido acumulando en escondites secretos, a compartir sus alegrías y sus penas, a sonreírse unos a otros... Al principio les costó vencer la desconfianza y el temor; pero, a medida que fueron atreviéndose a ser buenos con sus vecinos, descubrieron que, en el fondo, no era tan difícil convivir. El esfuerzo merecía la pena: entre ellos se escondía Jesús y, por si acaso, se hacía preciso llevarse bien con todos, no fuera a suceder el día menos pensado que alguien lo tratara mal y decidiera marcharse.

Ocurrió entonces que la selva fue recuperando, paso a paso, la alegría y el color de antaño. Los pájaros volvían a cantar y los animales compartían la tierra en paz. Los más débiles pudieron salir de sus escondites y los más fuertes se mostraron dispuestos a ayudarlos. Todos se sonreían y ya nadie tenía miedo de recorrer los caminos de la jungla. El lobo habitaba con el cordero y el leopardo se acostaba junto al cabrito. Los terneros pacían junto a los cachorros del rey león y hasta el más diminuto animal habría podido cuidar de ellos. La vaca y la osa, por tantos años enemigas, iban todos los días a pastar la una en compañía de la otra. El león comenzó a comer hierba para poder estar cerca del buey y hasta los más pequeños se atrevían a meter la mano en el agujero de la áspid o a jugar con las víboras. Y nadie volvió a hacer mal en aquel lugar santo.

Algunos años después, murió el rey de la selva. Para los funerales del viejo león se reunió todo el pueblo; incluso el sabio de las montañas, de quien ya nadie se acordaba, bajó a la jungla para compartir el luto. Cuentan que, antes de fallecer, a aquel noble felino que había guiado con rectitud los destinos de su pueblo le susurraron al oído:

—Majestad, sólo ha dejado una tarea por cumplir después de tantos años de buen gobierno: encontrar a ese Mesías que, dicen, vivió a nuestro lado.

Pero el anciano león, con gran dignidad, respondió:

—Es cierto que nunca lo encontré. Pero de algo estoy seguro: siempre estuvo entre nosotros.

Y, en paz, cerró los ojos.

A.

(basado en Is 11, 1-9 y en un cuento de JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO)